



Comentando

Un Congreso estudiantil

Dos reuniones de estudiantes se han celebrado en el corto espacio de un mes. Sin renunciar a que otro día nos ocupemos del primero, vamos a dedicar hoy una nota, sincera y leal, al Congreso Nacional de Estudiantes.

Negarle entusiasmo, sacrificio e ideal sería evidente injusticia. Asistimos en la postdictadura al despertar de una saludable preocupación juvenil. Pero una mirada objetiva nos obliga a señalar algunas desorientaciones del Congreso.

Extraña en primer término la rapidez con que se trataron y decidieron los asuntos más variados: El problema estudiantil. La economía nacional. El movimiento sindical. El problema campesino. La cuestión indígena. La Medicina social. El estudiante y la democracia. El estudiante contra el imperia- lismo. El estudiante contra la guerra. Temas libres...

Los temas y el tono de las conclusiones delatan mayor preocupación de la política, que de la cultura estudiantil.

Los problemas se enfrentaron con valentía. Ante ellos, hubo poco titubeo y mucha decisión. No en vano hablaba la juventud. Pero no siempre esa edad es sinónimo de acierto y solución.

Otro detalle. Se ha hablado mucho sobre la deficiencia del Profesorado. Hubiéramos preferido una mayor atención a los deberes del estudiante. El hombre es valiente cuando sabe mirar sus obligaciones, reconocerlas y cumplirlas.

Imposible analizar los temas todos. Al querer encerrarlos en un comentario, seríamos víctimas de nuestra propia crítica. Pero hay un aspecto interesante que no queremos olvidar. El problema moral se ha soslayado; reflejamente o se ha mostrado para él cierta indiferencia, cuando no desdén. Es la actitud de muchos. Sus efectos sin embargo no pueden ser más desastrosos. "En toda acción humana, decía Cicerón, late un problema moral". Para el Congreso estudiantil ese problema o no existe o se le quiere basar sobre fundamentos inconsistentes.

Ese radicalismo juvenil y la percepción de los problemas, no en sus múltiples ramificaciones, sino

en una simplicidad esquemática, nos sale al paso en el problema sexual. Problema tan viejo como el mundo y que para todas las generaciones se plantea irremisiblemente. No vaya a creer el Congreso Estudiantil que ha dado la solución definitiva. Autor de nota y jefe de vanguardia ha sido en ese movimiento el Dr. Marañón. Transcribimos sus palabras. "Estoy convencido, por mi experiencia de muchos años, que acaso haya rectificado parte de mis convicciones antiguas que la explicación científica de los misterios sexuales al muchacho es, teóricamente, perjudicial, cuando está aún en estado de ignorancia.

El problema cambia cuando el joven tiene llena la cabeza de ideas absurdas sobre la sexualidad. El antídoto de lo turbio es la claridad. Al instinto no hay que despertarle cuando está dormido: dirigirle si está en pie.

Pero qué tacto, qué información directa se requiere para cumplir esos deberes! En el alma del joven y en general, del hombre que sufre de sus instintos, hay que entrar de puntillas y en silencio, como se entra en las bibliotecas donde se trabaja, más aún, en los templos. Sin pedanterías doctrinales, sin pretender remover el subconsciente, sino si acaso, enterrándolo más todavía. Esto es lo que se le ocurre decir de la ética profesional a un médico en activo. Un ejemplo muy claro y muy grave, por la extensión de esta desdicha, es la necesidad de decir a los jóvenes y de que sean los médicos y no los curas los que se lo digan, que la castidad no solo no es perjudicial a la salud, sino ahorro de la vitalidad futura y que la condición de hombres no se mide por el garbo con que se ejecuta el acto sexual. Por el contrario, si hay una virtud específica de esa condición de hombre es la virtud de la renunciación."

Así siente el Dr. Marañón, curado de antiguas ligerezas juveniles. Nuestros estudiantes son más simplistas y expeditivos. El Congreso ha pecado por exceso de amplitud y precipitación; y sus desorientaciones en puntos tan vitales como la coeducación y el problema sexual pueden resultar fatales, porque los estudiantes de hoy —noblemente inquietos y preocupados— son el cerebro futuro de la patria.

COMENTANDO

El Dr. Caracciolo Parra León

Un hombre extraordinario ha perdido Venezuela.

Apenas contaba cuarenta años; brusco en su sinceridad, austero en sus costumbres, rectilíneo en sus ideas, laborioso, modesto.

La póstuma apoteosis con que lo ha celebrado Caracas y Venezuela ha revelado a los más el peso enorme de aquel integérrimo caballero sin tacha y sin miedo en los anales de la vida nacional. La Universidad central clausuró por tres días sus aulas; en numerosos centros de cultura y educación ondeó a media asta la bandera de la Patria; su cadáver fué llevado en hombros de entusiastas discípulos de la facultad de Derecho y detrás del féretro caminó a pié varias calles el Presidente de la República, rodeado de los Ministros del Despacho.

¿Quién fué el Doctor Caracciolo Parra León?

“No fué un héroe de la guerra, ni un magnate de la banca, ni un magistrado de la República”, ha escrito “La Religión”. Nosotros añadiremos: tampoco fué un hombre de salón. Su laboriosidad literaria, la profundidad y austeridad de su espíritu, su concreción al hogar —que consideró justamente el primario entre sus deberes— estaban reñidos con el mariposeo de las reuniones de sociedad. Su espíritu estaba en pura antítesis con la gracia ligera y fácil de la vida de salón o de club, y quien aspire a retratarlo con precisión no podrá menos de consignar el tono brusco, a veces áspero, a fuerza de sinceridad y nobleza, de su trato social.

Fué también enemigo de la exhibición y el estrépito. Méritos indiscutidos lo colocaron en la Vicerectoría de la Universidad, en la Dirección de la Biblioteca Nacional, en los sillones de las Academias, en la Jefatura de varias direcciones de los Ministerios de Educación y Relaciones Exteriores y es sabido que se le ofrecieron puestos más elevados y aun primarias magistraturas en el poder ejecutivo. El hombre laborioso y modesto las rechazó y cuando hubo de actuar forzosamente su labor fué callada, concentrada y eficaz.

Y sin embargo quien el día 10 de Febrero hubiera contemplado su féretro en el suntuoso salón de recepciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, atestado de coronas de flores, velado por las más altas representaciones de la ciencia, de las letras y de las públicas autoridades civiles y religiosas, hubiera tal vez creído que se trataba del póstumo homena-

je al hombre público más popular de Venezuela.

El Dr. Parra León fué un profesor eminente, un literato de dicción clásica y viril; un investigador histórico de primera fuerza; un pensador personalísimo; un educador abnegado; un polígrafo de vastísima erudición; un caballero intachable; un celoso padre de familia; un apóstol del deber y del trabajo. Había en la compleja vastedad de su saber y de sus aptitudes algo gigantesco y avasallador a la manera de Don Marcelino Menéndez y Pelayo y de Don Andrés Bello.

En el Cementerio del Sur, junto a la fosa del adorado Maestro, un joven abogado, Rafael Caldera, vinculado al ilustre extinto por lazos de entrañable amistad e indiscutible filiación espiritual de pensamientos e ideales, pronunció una breve, concentrada y emocionante oración, una de las más densas producciones literarias que se han redactado a la muerte del ilustre Profesor. Sus palabras, que sintetizaban el sentir y la voluntad de una hermosa juventud, —inquieta, preocupada y decidida— que surge de nuestra Universidad, sonaban a juramento sagrado ante el cadáver de aquel conductor de almas, violentamente arrebatado cuando alcanzaba una precoz y prometedora madurez como Profesor, Educador, Magistrado y hombre de letras.

Pero SIC no hubiera hablado del Dr. Caracciolo Parra León si su vida no hubiera sido un criterio palpitante de vida cristiana.

Muy pocos, si se exceptúa el diario La Religión, han acentuado suficientemente la íntima raíz y fuente de la sabiduría, hija de una prodigiosa laboriosidad, de la conciencia del deber, de la modestia, la abnegación y la virtud creadora de caracteres del Maestro Caracciolo Parra León. Ni el joven orador del Cementerio del Sur insistió suficientemente en ello.

El Dr. Caracciolo Parra León fué sabio, justo, modesto, abnegado y creador... porque fué profundamente cristiano. Porque fué modelo de caballero cristiano. Porque extraño a todas las cobardías y contemporizaciones, hijas de un desdichado pasado liberal, renovaba todos los días sus energías espirituales con la participación del cuerpo de Cristo en la Santa Misa y en la profesión pública y varonil de sus convicciones religiosas.

Venezuela ha perdido un hombre extraordinario.

Venezuela se renovará cuando cuente en el número de sus ciudadanos dirigentes una selección de caballeros cristianos sin tacha y sin miedo según el molde de nuestro llorado amigo el Dr. Caracciolo Parra León.